

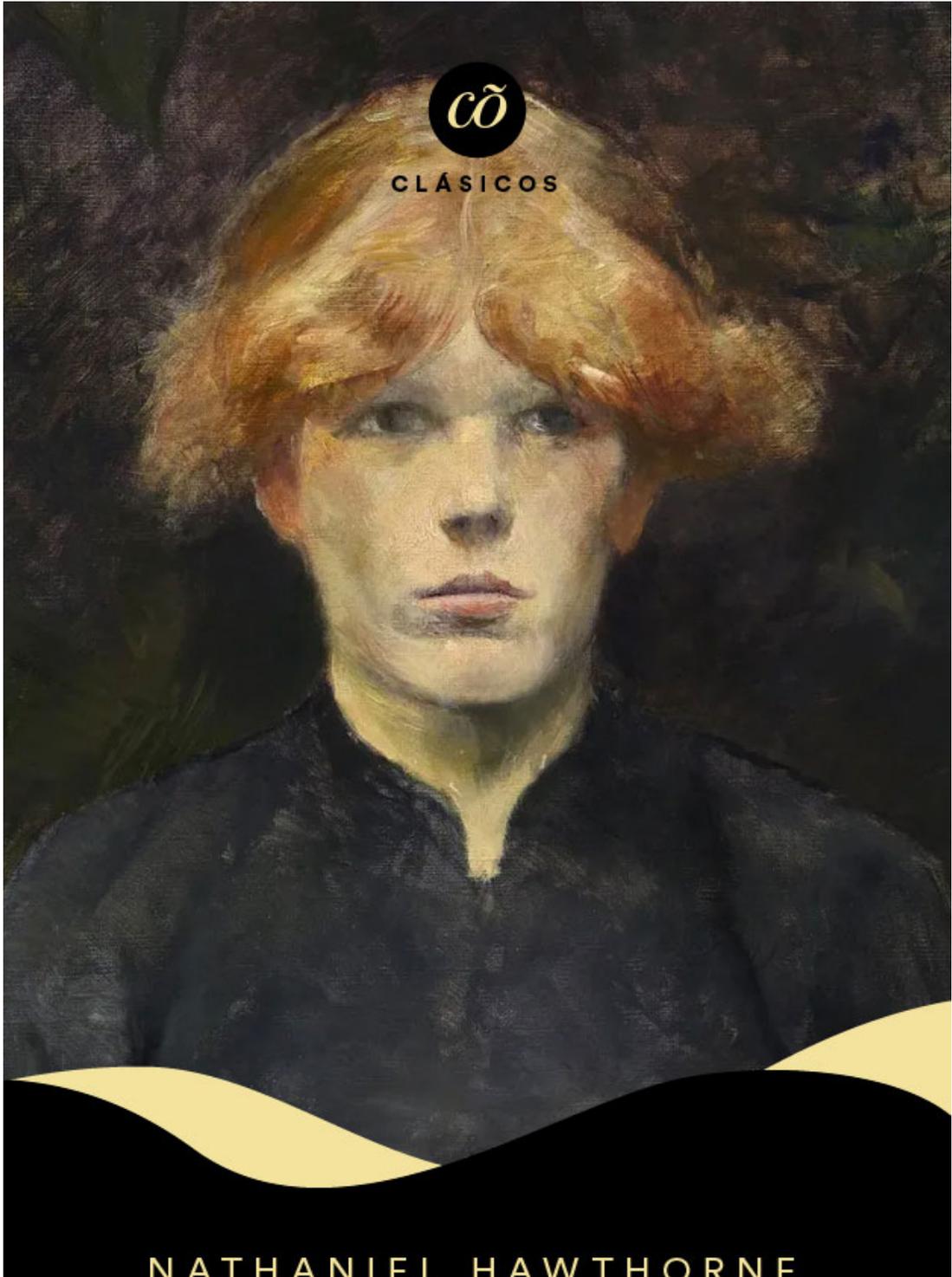


CLÁSICOS



NATHANIEL HAWTHORNE

Wakefield  
y otros cuentos



cõ

CLÁSICOS

NATHANIEL HAWTHORNE

# Wakefield y otros cuentos

# Wakefield y otros cuentos



CLÁSICOS

*Wakefield y otros cuentos* (1837)

Nathaniel Hawthorne

Editorial Cõ

Leemos Contigo Editorial S.A.S. de C.V.

edicion@editorialco.com

Edición: Mayo 2022

Imagen de portada: Rawpixel

Traducción: Benito Romero

Prohibida la reproducción parcial o total sin la autorización escrita del editor.

# Wakefield y otros cuentos



[El gran rostro de piedra](#)

[El huésped ambicioso](#)

[El experimento del Dr. Heidegger](#)

[El gran rubí · Un misterio de White Mountains](#)

[El cañón de las tres colinas](#)

[El Holocausto mundial](#)

[El viejo negro del ministro](#)

[El repique fúnebre nupcial](#)

[La tragedia del señor Higginbotham](#)

[Wakefield](#)

## **El gran rostro de piedra**

Una tarde, al caer el sol, una madre y su pequeño hijo se sentaron a la puerta de su cabaña, conversaban sobre el Gran Rostro de Piedra. Con sólo levantar la mirada, podían ver muchas cosas a millas de distancia, con la luz del sol haciendo brillar los contornos. ¿Y qué era el Gran Rostro de Piedra? Rodeado de una familia de abigarradas montañas, existía un valle tan espacioso que contenía miles de habitantes. Algunas de estas buenas personas vivían en cabañas construidas en las escarpadas laderas de las montañas, con el oscuro bosque alrededor. Otras vivían en confortables granjas y cultivaban la tierra en las suaves ondulaciones del valle. Otras más estaban congregadas en villas populosas, en donde algún truhán de las tierras altas, que llegó de su lugar de origen, fue atrapado y obligado por la ambición a fundar las fábricas de algodón. Los habitantes de este valle, en resumen, eran numerosos y tenían muy diversos estilos de vida. Pero todos ellos, viejos y jóvenes, tenían cierta familiaridad con el Gran Rostro de Piedra, aunque algunos tenían el don de distinguir este gran fenómeno natural con más detalle que muchos de sus vecinos.

El Gran Rostro de Piedra, entonces, era una juguetona obra de la naturaleza en su manifestación más majestuosa, formada por rocas enormes en el lado perpendicular de una montaña. Las rocas estaban colocadas de tal manera que, cuando se miraban a la distancia apropiada, se podían distinguir los rasgos humanos. Parecería que un gigante, o un titán, hubiera esculpido sus propias facciones en el precipicio. Tenía un gran arco formando la frente, de cientos de pies de altura; la nariz, con su largo puente, y los generosos labios que, si hubieran podido hablar, habrían hecho rodar su acento de fuego de un lado a otro del valle.

Es verdad que, si el espectador se acercase, dejaría de percibir la figura humana de gigantes proporciones y tendría ante sí un cúmulo de rocas enormes, apiladas en caótica ruina, unas sobre otras. Pero si retrocediese, podría ver de nuevo las facciones y, entre más lejos las observase, mejor vería el rostro humano, con toda su divinidad intacta, hasta que, con ayuda de la distancia, las nubes y el glorificante vapor de las montañas, el Gran Rostro de Piedra pareciera estar vivo.

Era una gran experiencia para los niños crecer con el Gran Rostro de Piedra frente a sus ojos, pues sus rasgos eran nobles y su expresión era a la vez grandiosa y dulce, como si en ella brillara la evidencia de un corazón grande y tierno que abrazara a la humanidad con su afecto y tuviera espacio para más. Era educativo mirarlo, simplemente. De acuerdo con las creencias de mucha gente, el valle debía su fertilidad a la benignidad que parecía emanar de él, iluminando las nubes y esparciendo su ternura en las puestas de sol.

Como dijimos al principio, una madre y su pequeño hijo se sentaron a la puerta de su cabaña, mirando el Gran Rostro

de Piedra y conversando sobre él. El nombre del pequeño era Ernest.

—Madre —dijo, mientras sentía el impacto del titánico monumento—, me gustaría que pudiera hablar, pues parece tan amable que su voz debe de ser armoniosa. Si yo viera un hombre con una cara como esa, le amaría con ternura.

—Si una antigua profecía se cumple —respondió la madre—, conoceremos un hombre, en algún momento, con un rostro exactamente como ese.

—¿A qué profecía te refieres, querida madre? —preguntó Ernest—. ¡Por favor, háblame de ella!

Así que la madre le contó una historia que su propia madre le había relatado, cuando ella era aún más pequeña que Ernest; no una historia de eventos pasados, sino de lo que estaba por ocurrir; una historia, sin embargo, tan antigua, que incluso los indios, que habitaron ese valle en el pasado, la habían escuchado de sus mayores, quienes, como afirmaban, la habían recibido de los susurros de las montañas y de las copas de los árboles. La idea principal consistía en que, en el futuro, nacería un niño que estaba destinado a ser el más noble y distinguido personaje de su tiempo y cuya expresión, en la edad adulta, sería la réplica exacta del Gran Rostro de Piedra. No eran pocos los jóvenes y ancianos que, en el ardor de sus esperanzas, continuaban creyendo en la vieja profecía. Pero había otros que habían visto más del mundo, que habían buscado y esperado, y no habían encontrado un hombre con un rostro como aquél ni un hombre que hubiera probado ser mejor o más noble que sus vecinos, por lo que habían concluido que no se trataba sino de un cuento. Tal como estaban las cosas, el gran hombre de la profecía no había aparecido.

—¡Oh, madre, querida madre! —gritó Ernest, aplaudiendo por encima de su cabeza. Espero vivir lo suficiente para verlo!

La madre era una mujer afectuosa e inteligente, y pensó que no era apropiado desalentar las tiernas esperanzas de su pequeño hijo. De manera que sólo respondió:

—Tal vez lo conozcas.

Y Ernest nunca olvidó la historia que su madre le había relatado. Siempre la recordaba, cada vez que miraba el Gran Rostro de Piedra. Pasó su infancia en la cabaña donde nació, siendo siempre atento con su madre y ayudándole de muchas maneras con sus pequeñas manos y mucho más con su corazón. De esta manera, de una feliz infancia, creció hasta convertirse en un adolescente tranquilo, centrado y accesible, bronceado por trabajar la tierra, pero con más inteligencia brillando en su aspecto de la que podía apreciarse en muchachos que habían sido educados en colegios famosos. Aunque Ernest no había tenido maestros, el Gran Rostro de Piedra se había convertido en un maestro para él. Cuando finalizaba el día, lo miraba con fijeza durante horas, hasta que imaginaba que esa enorme figura le reconocía y le regalaba una sonrisa de amabilidad y motivación, respondiendo a su propia mirada de veneración. No debemos afirmar que se trata de un error, aunque el Rostro no hubiera mirado a Ernest con más amabilidad que la que otorgaba al resto del mundo. Pero el secreto radica en que la ternura y la confiada simplicidad del chico podían discernir lo que otra gente no podía ver y, por consiguiente, el amor, que se suponía de todos, se convertía en su porción particular.

Por aquella época, un rumor recorrió todo el valle, de que el gran hombre del que se había hablado durante tanto

tiempo, que habría de ser la réplica del Gran Rostro de Piedra, por fin había aparecido. Parece que, muchos años antes, un joven había migrado del valle a una costa lejana, en donde, después de ahorrar algún dinero, había adquirido una tienda. Su nombre, y no he podido saber si es el verdadero o algún sobrenombre surgido de sus hábitos o su éxito en la vida, era Gathergold.(1)

Siendo inquieto y activo como era, y bendecido por la Providencia con esa facultad indescriptible que se desarrolla por sí misma y que el mundo conoce como suerte, se convirtió en un rico mercader y dueño de una extensa flota de navíos. Todas las naciones del mundo parecieron unirse para aumentar, lingote tras lingote, la riqueza creciente de este hombre. Las heladas regiones del norte, casi entre la niebla y la sombra del círculo ártico, le enviaron su tributo en pieles; la caliente África cribó las doradas arenas de sus ríos y envió los colmillos de marfil de sus elefantes; del Este recibió ricas telas, especias, tés y la refulgencia de los diamantes, y la nacarada pureza de las perlas. Los océanos, para no ser menos que la tierra, entregaron sus ballenas, de las que el señor Gathergold vendió el aceite y obtuvo gran provecho.

Se podría decir de él, así como del Rey Midas, que al tocarlo con su dedo todo brillaba de inmediato, se volvía dorado y se convertía en el valioso metal o, más adecuado para él, en montones de monedas. Y cuando el señor Gathergold era tan rico que le hubiera tomado cientos de años contar todas sus riquezas, sintió nostalgia de su valle de origen y decidió regresar para terminar sus días en el mismo lugar en que había nacido. Con este propósito en mente, envió a un diestro arquitecto para que le construyera un palacio que fuera de acuerdo con el nivel de su prosperidad.

Como dije antes, ya se rumoraba en el valle que el señor Gathergold era el profético personaje buscado tanto tiempo en vano y que su apariencia sería de perfecta e innegable similitud con el Gran Rostro de Piedra. La gente estaba lista para creer que necesariamente así serían los hechos, cuando repararon en el espléndido edificio que se elevaba, como por encantamiento, en el lugar en el que antes había estado la granja de su padre, destruida tiempo antes por las inclemencias del clima. Los exteriores eran de mármol, de un blanco tan intenso, que parecía que toda la estructura se derretiría con la luz del sol, como aquellas figuras que el señor Gatuergold, en sus años mozos, construía con nieve, antes de que sus dedos adquirieran el don de la transmutación. Tenía un pórtico con ricos ornamentos que descansaba en grandes pilares. Debajo, tenía una lujosa puerta con detalles en plata y construida con diferentes tipos de maderas que habían sido transportadas desde el otro lado del mar. Las ventanas, de piso a techo de cada habitación, se componían de piezas enormes de cristal, de transparencia tan pura que se decía que eran divisorios más finos que la misma atmósfera. Casi nadie había recibido permiso de asomarse al interior del palacio, pero se decía con certeza que era más impresionante que el exterior, de manera que todo lo que en otras casas era de cobre o bronce, era de oro y plata en el palacio, y sobre todo las habitaciones del señor Gathergold, de apariencia tan resplandeciente que ningún hombre ordinario podría cerrar sus ojos en ella. Pero por el otro lado, el señor Gathergold estaba tan ufano de su prosperidad, que tal vez no podría cerrar sus ojos hasta tener entre los párpados el resplandor de su riqueza.

Al cabo del tiempo, la mansión fue terminada y llegaron los decoradores con muebles magníficos, y después, un ejército de sirvientes blancos y negros, la corte del señor Gathergold quien, en toda su majestuosa persona, era esperado a la

puesta de sol. Nuestro amigo Ernest, mientras tanto, estaba terriblemente excitado por la idea de que el gran hombre, el noble hombre, el hombre de la profecía, después de años y años de espera, al fin llegaría al valle donde había nacido. El sabía, joven como era, que existían cientos de maneras en que el señor Gathergold, con su enorme riqueza, podía transformarse en un ángel de bondad y asumir el control sobre las vidas humanas de una manera tan amplia y benigna como la sonrisa del Gran Rostro de Piedra. Pleno de fe y esperanza, Ernest estaba seguro de que la gente decía la verdad y que ahora él vería la versión viviente de aquella figura de la montaña. Mientras el chico miraba el valle, imaginando como siempre que el Gran Rostro de Piedra le devolvía la mirada con enorme bondad, se escuchó el sonido de ruedas que se aproximaban poco a poco por el ondulante camino.

—¡Ya viene! —gritó un grupo de gente que se había reunido para verlo llegar—. Ya viene el gran señor Gathergold!

Un carruaje, tirado por cuatro caballos, apareció en el recodo del camino. En su interior, apenas asomada a la ventana, se apreciaba la fisonomía del anciano, con la piel tan amarilla como si su propia mano de Rey Midas lo hubiera transmutado. Tenía la frente baja, pequeña, ojos esquivos rodeados de innumerables arrugas, y labios muy delgados, que él adelgazaba más apretándolos con fuerza.

—¡La viva imagen del Gran Rostro de Piedra! —gritó la multitud—. ¡Estamos seguros de que la profecía era verdad, y aquí tenemos al gran hombre, que está llegando, por fin!

Y, ante los perplejos ojos de Ernest, parecía que en verdad creían que había llegado la réplica humana de quien tanto habían hablado. Cerca del camino, había una vieja limosnera y dos niños, caminantes de tierras lejanas,

quienes, al pasar el carruaje, se tomaron de las manos y alzaron las voces suplicando caridad. Una garra amarilla, la misma que tanta riqueza había acumulado, salió de la ventana y dejó caer algunas monedas de cobre al suelo. El gran hombre se llamaba Gathergold, pero por este gesto, lo mismo podría llamarse Scattercooper.(2) Sin embargo, a grandes voces, y con más fe que nunca, la gente proclamaba;

—¡Es la viva imagen del Gran Rostro de Piedra!

Pero Ernest dio la espalda a la sórdida escena y miró de nuevo al valle en donde, en medio de una ligera niebla e iluminados con los últimos rayos del sol, podía distinguir los gloriosos rasgos que se habían grabado en su alma. Su aspecto lo animó un poco. ¿Qué era lo que parecían decir aquellos benévolos labios? "Él vendrá, no temas Ernest, el hombre vendrá."

Pasaron los años y Ernest dejó de ser niño. Se había convertido en un hombre. Casi no llamaba la atención de los demás habitantes del valle pues no había nada sobresaliente en su estilo de vida, con excepción de que, al terminar las labores del día, seguía manteniendo su afición por retirarse a un lugar apartado y meditar sobre el Gran Rostro de Piedra. De acuerdo con la opinión general, era una tontería inofensiva, pues Ernest era industrioso, amable y buen vecino, y no dejaba de cumplir con sus tareas por ese hábito. Ellos no sabían que el Gran Rostro de Piedra se había convertido en su maestro, y que el sentimiento que expresaban las rocas engrandecía el corazón del joven y lo llenaban de mayores y más profundas simpatías que otros corazones. No sabían que él adquiriría más sabiduría en ese lugar que en los libros y una vida mejor que la que podría tomarse por ejemplo de otras personas.

Ni siquiera Ernest sabía que los pensamientos y sentimientos que llegaban a él de manera tan natural, en los campos y junto al fuego, y en cualquier momento en que hablaba consigo mismo, eran de un tono mayor que aquellos que los demás hombres compartían. Era un alma simple, tan simple como cuando su madre le habló por primera vez sobre la profecía. Admiraba las maravillosas facciones a través del valle y seguía pensando que su representación humana todavía tardaría en aparecer.

Por aquellos días, el pobre señor Gathergold murió y fue enterrado, y la peor parte del asunto fue que su riqueza, que fue el cuerpo y alma de su existencia, había desaparecido antes de su muerte, dejando sólo un esqueleto raquítrico, cubierto apenas por una piel amarilla y arrugada. A partir de que todo el oro se hubo esfumado, se aceptó por consenso que no había tal semejanza, después de todo, entre las poco nobles facciones del arruinado mercader, y la majestuosa cara que coronaba las montañas. De manera que la gente dejó de honrarle en vida y, en silencio, lo confinaron al olvido después de su muerte. De vez en cuando, es verdad, su recuerdo regresaba asociado con el magnífico palacio que había construido y que hacía tiempo se había transformado en hotel para forasteros, multitudes que llegaban, cada verano, a visitar la famosa curiosidad natural, el Gran Rostro de Piedra. El señor Gathergold había sido desacreditado y olvidado en las sombras, por lo que el hombre de la profecía todavía estaba por llegar.

Sucedió que un hijo del valle, muchos años antes, se había enlistado como soldado y, después de muchas batallas, era ahora un comandante ilustre. Sin importar su nombre, era conocido en los campos de batalla con el apodo de Sangre y Trueno. Este veterano de guerra, tan lleno de heridas y de años, endurecido por la vida militar, con el sonido de las

trompetas y los tambores grabado en los oídos, había estado forjando el propósito de volver a su valle de nacimiento, con la esperanza de hallar reposo en donde recordaba haberlo dejado.

Los habitantes, sus viejos vecinos y sus hijos, decidieron dar la bienvenida al renombrado guerrero con las salvas del cañón y una fiesta pública, afirmando con entusiasmo que ahora, al fin, había aparecido la réplica humana del Gran Rostro de Piedra. Un compañero de batalla de Sangre y Trueno, viajando por el valle, había dicho que se había impresionado con el parecido. Incluso los compañeros de escuela y amigos del general testificaron, bajo juramento, que recordaban perfectamente que aquél guardaba gran parecido con la majestuosa imagen desde que era niño, sólo que la idea no se les había ocurrido en aquellos ayer.

Era grande, por lo tanto, la excitación que recorría el valle, y mucha gente, que no se había tomado la molestia de mirar el Gran Rostro de Piedra durante años, ahora lo miraba con intensidad, para conocer el aspecto exacto del general Sangre y Trueno.

Al llegar el día del gran festival, Ernest, como todos los habitantes del valle, interrumpió sus labores y se dirigió al sitio en que se preparaba el banquete. A medida que se acercaba, la voz del reverendo Battleblast se hacía más evidente, bendiciendo las delicias servidas en las mesas y al distinguido amigo de la paz en cuyo honor se ofrecían. Las mesas habían sido dispuestas en un claro del bosque, rodeados por los árboles y frente a una abertura del verde follaje, que permitía tener una vista directa hacia el Este, hacia donde podía apreciarse, a lo lejos, el Gran Rostro de Piedra. Sobre la silla del general, que era una reliquia de la residencia de Washington, había un arco de verdes ramas entremezcladas con hojas de laurel y con la bandera del

país ondeando en la parte más alta, por cuyo honor había obtenido el hombre tantas victorias. Nuestro amigo Ernest se paró de puntillas, esperando echar un vistazo al homenajead huésped, pero había una apretada multitud alrededor de las mesas, esperando escuchar los brindis y los discursos e intentando atrapar cualquier palabra que el general respondiese; un escuadrón de escolta, haciendo guardia, amenazaba groseramente con las bayonetas a cualquier persona entre el gentío. De manera que Ernest, siendo discreto y poco agresivo, se mantuvo a la zaga, en donde podía ver tanto de la fisonomía del general como si éste permaneciera combatiendo en algún campo de batalla. Para consolarse, se volvió hacia el Gran Rostro de Piedra que, como amigo fiel e inolvidable, lo miraba y sonreía sobre él, a través del espacio entre los árboles del bosque. Mientras tanto, sin embargo, pudo escuchar los comentarios de varios vecinos, que comparaban las facciones del héroe con el rostro de la ladera distante.

—¡Es la misma cara, por completo! —gritó un hombre, haciendo una cabriola de júbilo.

—¡Es un suceso maravilloso! —respondió otro.

—¡Es como mirar a Sangre y Trueno en un espejo gigantesco! —opinó un tercero.

—¿Y por qué no? Es el hombre más grande de ésta y todas las épocas, sin duda alguna.

Y después, los tres aldeanos lanzaron sonoras vivas, contagiando electricidad a la multitud, que unió sus gritos y se formó un rugido de miles de voces que reverberaron a varias millas a la redonda, entre las montañas, hasta que hubiera parecido que el Gran Rostro de Piedra hubiera esparcido su aliento de fuego sobre la muchedumbre.